Todas las lágrimas del mar

Jaime García Terrés

La lluvia me persigue, me suelta, me abandona
sólo para volver a devorarme
con sus dientes menudos, extendidos.
Iras de Tláloc adobadas
con lágrimas del Purgatorio.
Dante se alía tornasol al último
y lento agonizar de las cosmogonías
más ominosas.

Hilos, agujas, lagos, mares
que arriba se desbordan, y nos lanzan
su venganza monótona.
Diluvios recurrentes.
Deucalión y Noé que juntos se emborrachan
arrojándose huesos, piedras, estertores,
y regresan al punto de partida.
Ni siquiera es tormenta ya, ni súbita
descarga punitiva de contorno probable.
Es agua necia, chipi chipi, lluvia
cansada de sí misma, repitiéndose,
remedo telegráfico sin fin, eco sonámbulo.

Soy Gilgamesh, Manú
salvado por un pez,
el chino Yu
que rehace los diques y forma con sus manos
innúmeros desagues capeando
mal tiempo y malhumor altivo.

Llueven ánimas,
minutos, años, kalpas, y también
dioses arrepentidos
o demonios,
letras y jeroglíficos,
hileras de palabras y gotas de silencio.

Aquella rana prodigiosa
de las leyendas australianas
se engulló toda el agua de la tierra,
y ahora —por un golpe de risa
o furia— la devuelve
sobre nuestras cabezas.
¿Quién provocó tamaño desahogo,
tamaña fatigada
ebullición de la naturaleza?

Entretanto, Visnú
duerme cien años en la roca
soñando ritmos confortantes
para cuando resurja el universo.
Rimbaud conversa con el Bosco
en prefiguración del mundo nuevo.
Pero el Demiurgo sigue disolviéndose
Llueve que llueve con los ojos ciegos.

Si me ahogan tus julios, patria, ya
tus agostos vendrán a sepultarme,
y algún abril me prestará
su luna renaciente.
Volveremos los más hospitalarios
con las fantasmagóricas deidades
a repoblar tus bosques.
Regresaremos vegetales,
robles y tilos,
Filemón y Baukis,
río revuelto de frondosos árboles
erguidos en defensa de la casa
y de las futuras generaciones.

¡Ay, diluvio
desmenuzado y totalizador,
unánime llanto del mundo nuestro:
bautízanos siquiera,
purifícanos!
Borra nuestra fachada de patético
animal, el fastidio recíproco
de mal oírnos quejas y destejer agravios.
¡Que tu valle de lágrimas acabe con las nuestras!

Río revuelto para la ganancia
de pecadores y de santos, íntimo
beneficio de máquinas al cabo
y a la par descompuestas
dentro del mecanismo
general de la lluvia, cruz aleve.

Aguas del eterno vaso aturdido
que nos ahoga y desahoga. Vía
providente con ajos y cebollas.
Herido manantial, húmeda prez
y parto de los nimbos fontaneros.

Hay ciudades en donde nunca llueve
y las nubes se apilan en el cielo,
mudas y enfermas de una sed pasmada,
islas del aire, nublazones áridas:
por ellas César Vallejo eligió
morir en un París con aguacero:
ailleurs, ayer:
ay, eran otros tiempos,
y los poetas se mostraban dueños
definitivos de su propia muerte.
Hoy nos dejamos extinguir en un
lugar común de la común llovizna,
ebrios así del agua que se pasma
como de la que se trasvena fácil.
Más polvo
atrapa nuestra fe
y menos líquido lustral.

En fin, en fin, apostrofemos.
Hombres de todas las generaciones
han cantado y prosiguen
cantando los misterios de la lluvia,
No sus causales físicas ni su procedimiento,
de sobra conocidos y explorados,
sino el caer en sí.
la lluvia como lluvia,
el agua derrumbada por encima del mundo
sin dejar de formar parte del mundo
que desagua la historia.

Cae; moja,
devana el tiempo y el espacio,
lloviéndonos, ay, una
vez más sobre mojado,
muerte-vida pluviosa,
derramándonos
los unos contra los demás,
haciéndonos
vivir-vivir en un solo relámpago
dondequiera fecundo
en el portal de la misericordia.